



Stephane Audran y Michel Piccoli, en "Noces rouges".

Lo apasionante del buen cine de Chabrol es que sus conclusiones nunca vienen expuestas por una reiteración abusiva que deje sin opción al espectador, sino que, por el contrario, quedan implícitas en el desarrollo dramático de la película, dejando la puerta abierta a las consideraciones que se deseen. Su esfuerzo reside en sintetizar aquellos valores representativos del "caso" que narra, profundizando en sus razones, en sus dependencias. Vistas superficialmente, las películas de Chabrol podrían no dejar de ser simples ilustraciones de dramas pasionales.

En ese desarrollo dramático, al que contribuyen de manera especialmente admirable los actores —en "Relaciones sangrientas" dos "monstruos sagrados": Michel Piccoli y Stephane Audran—, es donde se encuentra la razón última de su cine. No hay plano vacío, movimiento inútil, frase que no varíe la continuación del film; no es extraño, pues, que venga considerándose el cine de Chabrol como un ejemplo básico para entender en qué medida la sugereancia y la amplitud de una imagen tiene un poder de comunicación no siempre explotado por el cine. No hay más que remitirse a las películas cotidianas que se limitan a "ilustrar" un guión literario sin basar la estructura general de la película en sus imágenes. "Relaciones sangrientas" es, desde el primero al último plano, un continuo reto al espectador, que deberá plantearse la película no tanto en función de la anécdota simple como de la forma particular en que viene expuesta. En este sentido, y limitándonos a la estructura "literaria", importan especialmente

las profesiones de los personajes —el arrivista dispuesto a la mayor cantidad de fraudes posible, el sugerido "hombre de izquierdas"...—, en las que Chabrol vuelca parte de esas intenciones críticas comunes a su trabajo. ■ DIEGO GALAN.

### "Morir, dormir... tal vez soñar"

Que Manuel Mur Oti se haya autopublicado como "el genio" del cine español, que esta película suponga su regreso tras muchos años de ausencia, que la publicidad nos hable de que en "Morir, dormir... tal vez soñar" se muestre "una nueva forma de hacer cine", no son cuestiones que deban pesar a la hora de contemplar la película, y, sin embargo, pesan. Porque toda la película parece realmente estar destinada a "demostrar" la genialidad del director antes que a interesar mínimamente al espectador. Si la mayoría de las películas se hacen de acuerdo a unos cánones de producción para forzar el interés de la taquilla, en ésta parece haber sido el director (y su vanidad) los únicos estímulos que dieron origen al film. Porque reconocamos rápidamente que, si bien este título de Manuel Mur Oti tiene una "factura" cinematográfica correcta, bien cuidada, y que su película no puede en ningún caso relacionarse con los fraudes que las pantallas españolas están dispuestas a colocarnos al menor descuido, no es menos cierto que estamos al borde de otra trampa; la de enfrentarnos a una "obra maestra", con los ingredientes que a juicio de Mur

Oti éstas deben tener. Parece como si toda su película no fuera más que un "tour de force" que demostrara lo "actual", "brillante" y "profundo" que puede llegar a ser. Como si "Morir, dormir... tal vez soñar" se hubiese propuesto como un reto del director a quienes, en un momento de su carrera, dejaran de facilitarle películas. Una especie de "arreglo de cuentas".

Y justo Mur Oti cae, por lógica, en el extremo que menos podía apetecer: hacer una película antigua, pretenciosa y falsa. Porque ni la historia de su buen burgués cargado con un descomunal complejo de Edipo (que en la película se plantea a niveles poéticos) y que pasa su vida considerando "qué es el cielo" (hasta descubrir que el cielo era su infancia, rodeado de su madre, su padre, la comodidad de un hogar superconfortable, el cariño de quienes le rodeaban y la ingenuidad de sus vivencias), ni las "intenciones" metafísicas de sus largos monólogos, pueden hoy pesar en un cine y en un país que ha entendido hace tiempo que los complejos de Edipo llevados al extremo son neurosis que precisan de rápidas y profundas curas, y que las nostalgias por tiempos pasados son también, llevadas a este grado de idealismo recalcitrante, enfermedades mentales y reaccionarismos políticos que necesitan médicos especializados y lecturas urgentes. Los conceptos de "amor", "felicidad", "pureza" y tantos otros como se debaten en la película han teni-

do ya su correspondiente respuesta en la historia del pensamiento —digamos que incluso en la del "pensamiento cinematográfico"— como para que ahora podamos siquiera considerar la posibilidad de volver a ellos como cuando en las escuelas de nuestra infancia nos engañaban haciéndonos creer que la vida se debatía entre principios de ese calibre. Pero pasan (y han pasado) muchas cosas a nuestro alrededor para ver ya que, ni mejor ni peor, la vida es por lo menos radicalmente diferente.

Y el cine, o al menos el que quiere hacerse con pretensiones de algún tipo, debe intentar ver la vida que hay alrededor. Los directores "estrellas" suelen serlo por su habilidad para ocultarse o por una concepción de la vida que arraiga en la sensibilidad colectiva o por su osadía al proponer conceptos renovadores. Nunca por un conservadurismo crónico que ni siquiera venga expuesto de una forma adulta, sino contemplado con la pasión de un subjetivismo narcisista que no llega a dudar de sí mismo. Ausente de rigor intelectual, de humor, de movimiento, "Morir, dormir... tal vez soñar" quizá sea la despedida de Mur Oti de un cine en el que ha caído por soledad. Probablemente el contacto con la vida auténtica que le rodea pueda acercarle al cineasta que fue en otros momentos; discutido o no, Mur Oti hizo películas como "Cielo negro", por ejemplo, que aún hoy conectan con algo de nosotros. ■ D. G.

